

HOMILÍA

Miércoles: XI
Semana del
Tiempo Litúrgico
Ordinario
(2R 2,1.6-14; Sal
31,20.21.24; Mt
6,1-6.16-18)

Monseñor Antonio
Arregui Yarza
Arzobispo de
Guayaquil
Presidente de
la Conferencia
Episcopal
Ecuatoriana

ESPERANZA CON OBRAS

Muy queridas hermanas y hermanos:

EL TEXTO EVANGÉLICO DEL DÍA

1. El texto evangélico de San Mateo superpone tres ejemplos - dar limosna, orar y ayunar- para ilustrar la enseñanza que encabeza todo el pasaje. Esta enseñanza se contiene en una proposición general que, precisamente por abarcar a todos, podría correr el riesgo de ser escuchada como una abstracción flotante. Se trata, sin embargo, de una norma que se aplica siempre y en todo. 'Guárdense, dice el Señor, de hacer su justicia delante de los hombres con el fin de que les vean; de otro modo no tendrán recompensa de su Padre que está en los cielos' (v 6,1) De ahí que dar limosna a tambor batiente, orar con exhibicionismo y llamar la atención con victimismos, implica recibir la dudosa recompensa de la impresión causada a los demás y quedar vacíos de Dios. De manera que la prescindencia del parecer de terceros, junto con la importancia de buscar al Padre 'en lo oculto', destacan la importancia de la

vida hacia adentro, en contraste con la vida hacia fuera.

2. La vida y la santidad de la Iglesia, de las cuales es fruto directo la Vida Consagrada (*Cf LG, 44*), tienen así por brújula el agrado de Dios Padre y guardan una radical independencia respecto de los comentarios que puedan suscitar. En ello se concreta una base imprescindible del espíritu realmente libre, con aquella libertad que acompaña a la presencia del verdadero Espíritu del Señor (*Cf 2 Cor 3,17*). Sin embargo, desde el tiempo propio del pasaje evangélico de hoy en adelante, nunca ha sido ahorrada a los discípulos del Señor la presión de las opiniones que prevalecen en el ambiente y que, en nuestros días, toman sobre todo la forma de una presión mediática. Caer bien, como se dice, suscitar aplausos y ganar admiraciones, parece definir el objetivo de la vida de muchas personas. Y no está garantizado que nos encontremos ajenos a esta equivocación.

3. Esta exhortación del Señor en San Mateo pone la necesidad de vivir cara a Dios. Es preciso buscar en lo oculto de la fe y la

oración el encuentro familiar con Dios Padre. De ahí precisamente surge la esperanza. La seguridad del encuentro final con Dios Padre enlaza en directo con la intimidad con Él cultivada, que resbala a la mirada de los demás conforme a una deliberada intención ('perfuma tu cabeza y lávate la cara' (*v 17*)). Se trata de una esperanza activa, que no necesita ser jaleada por el grupo para encontrar la abnegación al servicio de Dios y de los hermanos. Más bien, se siente urgida por la atracción del amor del Padre, que le ha sido regalado por el Espíritu en el Hijo.

Nadie puede dudar, queridos hermanos, de la importancia de la comunidad en el camino de la vida consagrada. Pero la insistencia en el ocultamiento de la mano derecha respecto de la izquierda, como la orden de cerrar la puerta del aposento para entrar en oración, subrayan la necesidad de un ápice que es estrictamente personal, donde mi Dios es mi todo. Los demás serán entonces reencontrados en el mismo Dios, para ser destinatarios de la limosna, de la oración y de la propia entrega, como natural expresión de una verdadera esperanza.

HAY UNA CRISIS REAL

4. Si tratamos de poner en contacto la Palabra de Dios con nuestra realidad, según conviene a toda homilía, no puedo menos de corresponder con un ejercicio de franqueza a la confianza que me han hecho al invitarme a esta celebración eucarística. Ciertamente, la composición de esta asamblea, su dedicación al estudio de la situación actual de la Vida Consagrada, contando incluso con la autorizada palabra del señor Cardenal João Braz de Aviz, son factores que habrán contribuido a señalar las avenidas críticas por las que transita la Vida Consagrada entre nosotros. Permítanme participar alguna experiencia personal.

En este país que tiene el honor de acogerlos, todo el mundo sabe que el anuncio del Evangelio llegó a través de generosos misioneros pertenecientes a varias familias religiosas: franciscanos y dominicos, mercedarios y agustinos, seguidos en breve por los misioneros jesuitas. Basta una mirada al centro de Quito, núcleo inicial de la ciudad hoy desparrramada por los valles vecinos, para admirar la huella que marcaron. Todavía ahora vivimos en muchos

aspectos del gigantesco esfuerzo de la primera evangelización. En la ciudad donde sirvo, Guayaquil, parece una imagen calcada de Quito la que en este sentido ofrece el centro urbano, siendo el templo más antiguo el dedicado a Santo Domingo por sus hijos. Pero además se puede notar con evidencia concreta que la primera gran expansión de la ciudad se apoyó pastoralmente en otras varias y numerosas familias religiosas, tanto masculinas como femeninas.

Si evoco este pasado no es para cultivar una especie de nostalgia, ya que, en realidad, nunca llegamos a registrar en nuestra historia un tiempo de oro, que destacara por sus maravillosas realizaciones libres de defectos. Más bien lo menciono porque algunas novedades de mi tiempo inducen a suscitar inquietud, una especie de malestar que se encamina a desembocar en verdadera alarma.

5. Sucede que, como consecuencia de la incontenible emigración del campo a la ciudad, nuevas concentraciones humanas, formales e informales, ocupan en Guayaquil espacios antes destinados a cultivos de arroz. Las pa-

roquias establecidas se ven desbordadas como cuando se inunda la planicie. Se vuelve urgente la creación de nuevas comunidades parroquiales, la apertura de centros de enseñanza y de otras varias iniciativas, especialmente en el campo de la caridad social. Ya se constató en Aparecida que la erosión del cuerpo de la Iglesia muestra dos áreas especialmente castigadas: los cinturones de miseria de la gran ciudad y la nueva clase media emergente hacia niveles de bienestar. Se trata, precisamente, de los dos segmentos sociales que impulsan, cada uno a su manera, los nuevos barrios de la ciudad.

Pero, a diferencia de lo que se puede discernir que sucedía en el pasado, ya no hay aliento en las familias religiosas para entrar en nuevas aventuras. Comprenden la necesidad, pero carecen del personal necesario. Es más, con harta pena, en que se dan cita muchos e importantes sentimientos, se acercan al obispado a entregar parroquias, escuelas, dispensarios, que ya no están en condiciones de sostener. O bien dejan esas obras en manos de algunos seglares afines, encaminadas hacia un futuro dudoso.

6. Dos veces he estado unos días en Roma entre el año pasado y el que corre. Allí las resonancias se vuelven universales. Ya hace algunos años me contaron que una congregación femenina francesa dejaba su convento situado justamente en la cima de la loma en Trinitá dei Monti, en línea visual directa con la Inmaculada de la columna. Pero el año pasado coincidí con la publicación de un artículo con firma de renombre en que enfocaba la cuestión desde el punto de vista del mercado inmobiliario. Se señalaba que un cierto número de familias religiosas estaban vendiendo los cuarteles generales, hermosas casas con buen espacio de jardines, a felices urbanizadores. El artículo señalaba que Roma se vería privada de la variedad de estilos propios de unas buenas casas, reflejo de las arquitecturas de los lugares de origen de la respectiva congregación. Con un cierto despegue se planteaba la posibilidad extrema de que terminaran por desaparecer todas las familias religiosas tradicionales, ya que tampoco les funcionó para tener vocaciones la incorporación de africanos o hindúes. Y se concluía que nada le pasaría a la Iglesia, puesto que estuvo mil años sin más Vida Con-

sagrada que la de los monasterios.

Este año, la impresión fue más honda y la desazón más grande. A los sesenta años del Concilio Vaticano II, junto con una iniciativa tan estimulante como el año de la fe, han circulado estadísticas que comparan el número de miembros de las distintas familias religiosas entre la década de los sesenta y la actualidad. Seguramente ustedes conocen esos números mejor que yo, junto con los que dan cuenta del promedio de edad, del número de casas y obras, etc..

Esta vez coincidí también con la resolución tomada por la Congregación para la Doctrina de la Fe para intervenir en una de las federaciones de religiosas de los Estados Unidos, que proclaman algunas tesis contrarias al Magisterio de la Iglesia. El comentario, mordaz como a veces suele darse entre nosotros, decía que la intervención se había hecho necesaria, porque esas venerables religiosas parecían estar empeñadas en seguir bailando al son de la orquesta del Titanic. Es decir, aferradas a escuchar la música que les gusta, mientras el barco se hunde, como si fuera el barco de otros o una piedra botada

al mar. Solo que en el Titanic no había relación causal entre la música y el hundimiento.

POR UNA ESPERANZA REAL

7. No es aceptable, desde luego, la idea de retrotraer la Iglesia en mil años, como si su vida y su santidad milenaria pudieran ser borradas sin daño. Como si fuera indiferente al árbol diseccionarlo para despojarle los añadidos que le nacieron desde la mitad de sus días. Ni tampoco es admisible que haya una voluntad del Señor, dueño de la historia, para que se desmonte, *sic et simpliciter*, como se dice, lo que nació por el soplo de su propio Espíritu. Ni, por último, puede pensarse que los problemas se arreglarán por sí solos, con el paso del tiempo, conforme a un providencialismo que olvida las propias responsabilidades. Estas responsabilidades, por cierto, son más amplias y audaces que las que corresponden al síndico de una quiebra o al general derrotado que organiza la mejor retirada posible.

En la primera lectura hemos seguido, junto a la exaltación del profeta Elías, la inseguridad y la fidelidad de Eliseo. Al repetir el gesto de Elías, golpeando

las aguas con la capa, gritó Eliseo: '¿Dónde está el Señor, Dios de Elías?' (2 R 2,14). Golpeó seguramente con toda su alma, invocando a Dios de la manera tan ruda e incierta que nacía de sus encontrados sentimientos. Pero fue una decisión suficiente, porque las aguas se abrieron y 'Eliseo pasó' (Ibid.).

Queridos hermanos, la evangelización de la generación presente marca la tarea que nos corresponde. Las generaciones pasadas fueron servidas por hombres y mujeres consagrados a Dios, cuya labor resultó fecunda por la gracia de Dios. Ya no están entre nosotros, su tiempo se los llevó, fueron arrebatados. Pero hemos

heredado su capa. Los demás, como le pasó a Eliseo, reconocerán que se ha heredado también el espíritu cuando vean los mismos gestos y señales, la invocación del mismo Dios. Las obras de nuestra esperanza, tensa hacia el futuro, abierta a la gracia, podrán darse siempre a partir del encuentro personal con Dios Padre en 'lo oculto'.

María Santísima, maestra de la oración guardada en la intimidad del corazón, sea nuestra esperanza.

Guayaquil, 10 junio 2012